

De por qué debemos quemar la música

Daniel H. Kanó

La música no puede tener historia y eso está claro. La música siempre es la misma y es siempre repetición. La música es lo contrario de Satanás. Eso salta a la vista hasta para ese paliducho despeinado de Einstein. No hace falta referencias, basta con escuchar a Mozart para darse cuenta que Dios existe.

Las danzas africanas necesitan de la música para hacer recordar a los hombres cómo fue que dios hizo el mundo y la primera mujer. La música es cifra y ritmo (economía y orden). Hay quienes creen que hay una música de las esferas, como si los orbes celestes, al girar, siguiesen la batuta de un maestro, la partitura de un Dios. Hay estúpidos o malintencionados que pretenden decir que los átomos hacen música.

Música es todo aquello en donde Dios se deja ver. Se podría pensar que es el hombre y no Dios el que le da orden al movimiento elíptico del sol, encontrando el ritmo adecuado con que la tierra gira en la elipse orbital... pero eso no es más que una verdad parcial. Kepler no estaba del todo equivocado cuando intentó hacer una partitura que explicara la armonía del mundo. Sin embargo lo que quiero poner en juego sobre la música no es la verdad que refiere, sino el índice político que toda armonía lleva consigo, y muy independientemente si ésta se dé o no, la cuestión sigue siendo la misma: porque hay música, Dios existe. Si el hombre percibe el orden (al emocionarse al escuchar a Albinoni o a Shubert) es porque el hombre tiene en sí mismo una porción de Dios. Los griegos lo sabían y nunca se les ocurrió algo asó como una razón sin trascendencia. Sólo a partir de un momento particularmente chusco y ridículo de la historia (que podría fijarse alrededor del s. XVI y XVII) se ha pretendido hacer una racionalidad atea. ¡Y por ahí anda gente creyendo que lo contrario de Dios es la

Ciencia! ¡La revolución científica de la Ilustración no es más que una reforma teológica y la secularización de un Estado que ha conseguido consagrarse a base de la fuerza y la mentira!

Sea como sea, no intentamos reivindicar ninguna verdad. De ser así, andaríamos en una búsqueda de algo *más armonioso* que la música, sino de descubrir, ese germen político, ese germen divino del que debemos liberarnos a toda costa.

Las raíces de esta concepción están bastante arraigadas: la música no es algo que pueda ser salvado.

La música es al número, lo que el humo es al fuego. Signo y símbolo. Ineludible paridad. Todos los físicos, desde Tales de Mileto hasta Stephen Hawkings han estado en busca de una armonía, de una resonancia secreta que revele de golpe toda la verdad que tiene que decirnos el mundo. Como divertidos cretinos van por ahí haciendo analogías, igualdades, equivalencias, relaciones de causalidad y continuidad... cuando un pájaro emite sonidos, a eso le llaman canto. Y hasta se ha llegado a afirmar que los conciertos de piano de Mozart, tendrían que haber existido antes de que se formara el universo. La fascinación por la música no se explica sino por la matemática.

La matemática: esa mentira sistematizada sobre la que erguimos hasta nuestros sistemas políticos. ¡No hay falsedad más grande y peligrosa! O por lo menos, no hay 'verdad' (si acaso siguen acostumbrados a creer que $2+2$ puede ser igual a 4) políticamente más ignominiosa, conservadora y antirrevolucionaria que creer que los canarios hacen música. Porque si hasta las criaturas 'irracionales' vienen al mundo con esa impronta divina que es la capacidad de hacer música, ¿cómo va a ser que no hay orden en el mundo? ¿Y como va a ser ese orden sino el orden de la economía y la paz (dinero y prisiones, números y geometría, crecimiento y continuidad, etc.)?

Sin embargo, la naturaleza es lo contrario del ritmo.

Las estaciones, las eras glaciales, terremotos y los sonidos que emiten las bestias al eyacular en las vaginas, no tienen ritmo ni obedecen a Dios, ni a ningún orden, ni físico, ni químico, ni biológico, ni musical. Cualquiera que diga lo contrario miente: y lo que es peor, procura esparcir la mentira para la subyugación política. La soberanía absoluta de la explosión de un volcán es clara y prístina para las bestias.

San Agustín lo sabía perfectamente cuando en el *De música*, asegura que los sentidos (cómo el oído) pueden dejarse engañar por el sonido de los pájaros y creer que ahí esta la música, pero al no haber ni número ni orden ahí, no puede haber tampoco ni música ni la divina arte a la que esta nos lleva. El obispo de Hipona sigue una línea claramente marcada desde el neoplatonismo que nos guía hasta Pitágoras degollando bueyes en honor del teorema del triángulo rectángulo.

Es hora de que nos dejemos de tanta metafísica y nos centremos en la cuestión de la música en sí. Como hemos visto, no todo sonido es música; así existen músicos que no tocan música, o que por lo menos no reproducen en su totalidad el esquema teológico sobre los sonidos.

Primero están el jazz y las bandas que operan bajo el lema de la improvisación. Al alejarse de las partituras (símbolo por excelencia de la reproducción teórica de la mismidad musical) se alejan, en cierta medida, de lo que podría haber de Dios (o de número) en la música. La improvisación es lo contrario de la música, su trasgresión más evidente.

Sin embargo, aunque opere relativamente fuera de un plan normalizado, no es menos cierto que la melodía en un *solo* de saxofón, p. e., anda siempre entre tonos y siempre vuelve, cual pródiga hija, al Uno-Padre-Tema que marca todas las pautas de una determinada pieza. Y esto sin decir que todo *solo*, obedece a una escala y se ciñe a

ella y camina junto a ella: y en las escalas, de determinado tono y variación de nota, está siempre el germen que reparte las cosas con orden, las delimita y las hace ellas mismas, es decir, está Dios. Por ello aunque gracias a la nómada sinfonía que el jazz recrea consigue deshacerse de algunos lazos que lo unen a ese poder divino, no consigue del todo, crear una verdadera contra-música, sino simplemente suavizar la aparición de la jerarquía divina.

Por otro lado están los supuestos ritmos transgresores del *Heavy Metal*. Y aunque la variación en los géneros del Metal es sumamente amplia, tomaré, como muestras representativas que intentan abarcar lo más amplio del género que se puede concebir en un texto como éste.

Por un lado el *Heavy Metal* clásico, representado mayormente por la *N.W.B.H.M* (*New wave of British Heavy Metal*) y encuentra en *Black Sabbath*, *Iron Maiden* y *Judas Priest* su forma más redonda y perfecta.

Sin más rodeos hay que decir que lo único que hacen es transportar todos los esquemas melódicos y rítmicos de una misa latina a una contemporaneidad decadente y enfermiza. Por más que los temas de las canciones, sus letras e iconografías intenten dar un aire transgresor, la melodía no puede hacer sino recordarnos la música de las esferas.

Obviamente no es tan sencillo disociar el género de su componente teológico. Para ello deberíamos, ante todo, reconocer 2 movimientos de las guitarras (cuya preeminencia en rodar de la melodía es indiscutible en el género) que se distinguen claramente:

1) el *riff* y 2) el *solo*. El *riff* es la repetición melódica que hace la canción hermana del movimiento geométrico de los astros keplerianos y la matemática redondez

del círculo. Es repetición y placer del oído, es lo que hace subir y bajar la cabeza como siervos resignados o lectores del Corán.¹

El *solo* es despunte melódico y transgresión. Si acaso haya sido el *Rock 'n' Roll* (Chuck Berry, Richie Valens, etc.) quien inventó el *solo* de guitarra, sin lugar a dudas fueron Glen Tipton y K.K. Downing (de *Judas Priest*) quienes lo transformaron en la norma que recorrió toda la forma elemental de hacer metal. El *solo* es lo opuesto al *riff*, y por ello su ajuste complementario y necesario. Por más que en un *solo* de guitarra el tiempo y la melodía se opongan al movimiento soberano de la guitarra líder (al *riff* y al acorde), no es más que la consumación del movimiento perfecto de la teología divina. El *solo* está siempre perfectamente acoplado al *riff* y es de echo la confirmación melódica que reafirma su lugar de supremo ordenador de la música. Esa es la razón elemental por la cual el *solo* nunca está situado al final de la canción, sino en el medio. Necesita siempre otorgar un espacio más en donde la música (encarnada en el *riff*) recupere su poder teológico y no abandonarla al desorden de la revolucionara intervención del *solo*.²

Distinguiendo otro género del Metal, sería quizás lo que más se acercara a una contra-música, es el *Black y Death Metal*.

Ninguno de ellos es música y no se tiene que ser demasiado experto en darse cuenta de ello. La batería programada, la voz distorsionada e ininteligible, la melodía absolutamente ausente. Sonidos apenas distinguibles de la estática radial que inunda el espacio. No hay música ahí, o por lo menos hay una música metafísica, una contra-música.

¹ Consúltese la referencia a *riffs* clásicos tales como el inicio de 'Smoke on the water' de *Deep Purple*, 'Breaking the Law' de *Judas Priest* o 'Iron Man' de *Black Sabbath*.

² Los ejemplos son innumerables: una selección podría ser 'Hallowed Be Thy Name' de *Iron Maiden*, después del *solo* de guitarra, la reentrada del *riff* es simple y sencillamente avasalladora. Otros ejemplos en 'Screaming for Vengeance' o 'Painkiller' de *Judas Priest*

Sigue siendo, en efecto, teológica en la medida en que requiere una técnica que imita al arte y la ciencia (es decir, una de las tantas formas del rostro de Dios), sigue siendo música en la medida en que se rodea de toda la parafernalia que se genera alrededor de un 'Uno' (Dios) tal como los fanáticos, la mística, la idea de virtuosismo, etc. Aunque ciertamente, se acerque con gran eficacia a la parodia de Dios.

Sea como sea, toda esta argumentación no es sino para darnos cuenta de qué manera el poder de convocación de la música, no es sino el poder de Dios que se hace carne en los oídos. La música que desinhibe en las discotecas. El bacalao (o trance) que es la forma más radical de repetición y de mimetismo teológico que no esconde ni disimula su parentesco con las danzas rituales de los pueblos africanos.

Desde el primer retumbo del tambor, hasta las discográficas que hacen dinero a raudales, pasando por las rapsodias homéricas y las sinfonías neoclásicas; lo que hay siempre por lo bajo es el poder de Dios, del 'Uno' que convoca a la multiplicidad a fundirse en un abrazo místico con el ritmo con que palpitan los corazones, gira la tierra o crecen los árboles. Ese abrazo místico que quiere disfrazarse de apreciación estética, no es sino la contienda política primaria de la supresión del 'otro', es decir, de la erradicación de la multiplicidad en la aceptación del canon normativo.

Por ello es imperativo, para el sano desarrollo de nuestros niños, que se suprima toda la música. Que se incendien en grandes hogueras todas las grabaciones que se hayan hecho hasta el día de hoy³. Igualmente se habrán de quemar todos los instrumentos musicales y prohibir cualquier ejercicio vocal armónico en público, desde el simple tarareo, hasta el canto en cualquier registro. Se incendiarán, seguidamente,

³ Thomas Alva Eddison condenó a la música a repetirse infinitamente, ser ella misma única e idéntica; perfeccionando lo que los teóricos griegos y los escritores de partitura habían siempre querido: una música que se toca a sí misma, siempre igual e invariable.

todas las fábricas de producción de reproductores de cualquier tipo de formato de grabación.

En las escuelas y casas se darán lecciones gratuitas de disociación del ritmo. Se enseñara a los hombres a no construir falsas asociaciones, no únicamente entre sonidos, sino también entre puntos, acciones, enunciados, palabras, etc. Se educará para que los hombres teman de la música tal y como lo que es: el principal enemigo de la soberanía humana y el lugar primero por donde la voz de Dios, el corruptor, se escurre hacia nosotros.

Los siguientes nombres deberán ser borrados de la faz de la tierra y todas sus obras quemadas y anatemiadas:

1. Homero
2. Orfeo
3. Píndaro
4. Pitágoras
5. Platón
6. Filolao de Tarento (o Crotona)
7. Ptolomeo
8. Plotino
9. San Agustín
10. Boecio
11. Copérnico
12. Johannes Kepler
13. Tomaso Giovanni Albinoni
14. Antonio Lucio Vivaldi

15. Johann Sebastian Bach
16. Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart
17. Ludwig van Beethoven
18. Johann Nepomuk Maelzel⁴
19. Thomas Alva Edison
20. Niccolò Paganini
21. Elvis Aaron Presley
22. Los Beatles
23. James Marshall Hendrix
24. Miles Dewey Davis
25. ABBA
26. Michael Joseph Jackson

⁴ Maelzel: músico e inventor que en 1769 inventó una orquesta mecánica que llamo Panharmonicon que podía tocar cualquier partitura. Presentada en la corte de Viena ante el barón Wolfgang von Tempel y a la que en 1813 Beethoven compusiera su *sinfonía de la batalla de Vitoria*. (cf. E.A. Poe, 'El jugador de Ajedrez de Maelzel' en *Ensayos y críticas*.)